

Por Alejandro Vicuña

La Cuaresma de Dijón

1604

(Capítulo del libro «El Señor de Ginebra», que aparecerá próximamente).

La vieja capital de Borgoña reclama por medio de sus Autoridades edilicias la presencia del Obispo de Ginebra durante la Cuaresma de 1604.

Años antes, de camino hacia París, Francisco ha prometido a la orgullosa ciudad detenerse alguna vez dentro de sus muros y contribuir por medio de su palabra a la cultura moral y religiosa de sus pobladores. La súplica, pues, dirigida por los Regidores de Dijón al Obispo Saboyano, está abonado con el recuerdo de esa promesa, y Francisco no sabe faltar a la palabra empeñada.

A regañadientes el Obispo de Ginebra resuelve salir de su diócesis, porque mucho teme dejar su redil e ir a apacentar los corderos de otros, abandonando los propios (1).

No obstante, su viaje a Dijón es de necesidad impostergable y se justifica plenamente por otro motivo. Algunos bienes temporales, pertenecientes a la diócesis de Ginebra, han sido entregados por Enrique IV al joven Arzobispo de Bourges, Andrés

(1) Maupas du Tour, 341.

Fremiot, Consejero del Parlamento de Borgoña, sin que haya mediado cesión alguna de parte de su legítimo dueño.

Desde tiempo atrás se pleitea por este motivo en los tribunales de Dijón, con gran repugnancia de Francisco, que siente horror por las contiendas judiciales, y con mayor razón, si es un Obispo el contendor (1).

¿No sería posible arreglar amistosamente el enojoso asunto, entendiéndose personalmente con el joven Arzobispo de Bourges?

La conciencia episcopal de Francisco está pues perfectamente formada para abandonar momentáneamente su diócesis y dirigirse a Dijón; de modo que, cuando se aproxima la Cuaresma, parte sin mayores preocupaciones con rumbo a la ciudad borgoñona.

Las muestras de respeto y simpatía prodigadas al Prelado de Ginebra en Dijón corresponden al interés y curiosidad con que desde largo tiempo atrás desean conocer y escuchar a ese Obispo cuya fama invade ya toda la Francia.

Es el tercer día de la predicación Cuaresmal.

(1) La repugnancia de Francisco por los litigios de dinero cabe observarla en las palabras escritas a M. Chantal, a propósito de ciertas discusiones habidas dentro de la Comunidad: «La haine irreconciliable que j'ai aux procès, aux contentions et aux tracas, me fit écrire ainsi. J'approuve grandement que vous lui donniez la somme qu'elle desire, puisque cela est plus conforme a la douceur que Notre Seigneur enseigne a ses enfants. Enfin, la paix est une sainte marchandise qui merite d'être achetée chèrement». Carta 566.

En otra ocasión, a propósito también de una discusión de dinero entre dos monasterios de la Visitación, escribe a M. Chantal. «J'apprends une extreme tentation entre les monasteres de N. et de N. pour certains mille ecus, que je voudrais plutot etre au fond de la mer qu'en difference entre eux. Est il possible que des filles nourries en l'ecole de la polie de la croix, soient tellement affectoinnées a la prudence du monde, qu'elles ne se sachent pas accommoder par condescendance ou par resignation. Carta 528. del 30 de agosto de 1622.

La voz apacible y argentina del orador resuena bajo las ojivas de la Capilla Ducal, mientras su figura elegante aparece bañada por luz difusa que se filtra a través del rojo y azul de los ventanales góticos. Santos y duques, que reviven en los vitraux de la vieja capilla, contrastan con las formas cenicientas de guerreros, nobles, abades y obispos que yacen inmóviles en lápidas tumbales, diseminadas en el pavimento o empotradas en los muros de piedra.

A través de sus labios finos y rojos, admirablemente destacados en el oro de ondulada barba, se desgranán las palabras de Francisco, dulces, insinuantes, armoniosamente serenas y van a caer en las almas como gotas de rocío o bálsamo maravilloso.

Los oyentes experimentan una especie de goce artístico y espiritual ante las frases y conceptos de ese predicador, tan distinto de los demás, que no grita o gesticula con ademanes exagerados, ni trata de conquistar a su auditorio con frases de dudoso afecto, y mucho menos quiere perturbar las conciencias con su palabra. Es el talento, la bondad y la dulzura de un alma de distinción evangélica que fluye del pecho del orador y reconforta al auditorio en sus variadas necesidades e inquietudes.

Una mujer todavía joven y hermosa, con esa belleza que imprime en los rostros femeninos el dolor tempranamente saboreado, no escucha sino que bebe ansiosa la palabra de Francisco. Sus grandes ojos negros devoran al predicador apacible que suaviza las angustias de su alma. Sin quererlo, se alza en medio de la multitud, y el porte majestuoso de esa silueta, encuadrada admirablemente en negro ropaje, domina por un instante al predicador, que se impresiona vivamente ante la vitalidad de esa figura singular. Los labios entreabiertos de la mujer denuncian el arrobamiento que la fascina y subyuga totalmente al hombre que dirige la palabra desde el púlpito.

Se ha producido la chispa fundidora de almas.

El tiene 37 años y es Obispo; ella 32 y es viuda.

El Arzobispo de Bourges, Andrés Fremiot, ha sido solicitado para que sirva de intermediario en la presentación de dos personas desconocidas que desean conocerse. Su hermana Juana Fremiot, Baronesa de Chantal, quiere trabar amistad con el Obispo de Ginebra. A su vez, Francisco, ignorante del estrecho parentesco que una a la dama vestida de negro con el Arzobispo de Bourges, le pregunta quién puede ser la atrayente desconocida de la Capilla Ducal. Satisfecha su curiosidad, solicita el honor de ser presentado a ella. El Arzobispo tiende el lazo social que, convertido en estrecha amistad, unirá por el resto de la vida a su hermana Juana Francisca y al Obispo de Ginebra.

Hija del Presidente del Parlamento de Borgoña, Juana Francisca ha sufrido junto a su padre los vaivenes y azares de la política. El destierro y confiscación de los bienes, de que hicieron víctima al señor de Fremiot, amargan los tiernos años de Juana Francisca, quien participa de muchos dolores y privaciones, sin tener siquiera el consuelo de la asistencia de su madre, muerta cuando ella tenía solamente año y medio de edad.

El carácter de esa niña no puede menos de resentirse, viéndose privada de los cantos del hogar y víctima inocente de toda clase de contratiempos. Se hace un tanto sombría y melancólica; mas, lejos de abatirse por la desgracia, se desarrolla en ella una altivez indomable, denunciadora de la vigorosa sangre que circula por sus venas.

A los veinte años, la interesante hija del señor de Fremiot es llevada al altar por el Barón de Chantal, joven apuesto y caballeroso, de viejos pergaminos y atrayentes prendas personales. En el castillo de Bourbilly, herencia de los Chantal, la joven pareja establece su hogar, viéndose coronada esa unión por un hijo y tres hermosas niñas.

La carrera militar del Barón lo obliga a largas ausencias del castillo. Apenas la Primavera comienza a alegrar la tierra,

los hombres se apresuran a entristecerla, descolgando sus espadas de los viejos muros, alistando sus corceles para la expedición lejana y ciñendo al mismo tiempo sus cuerpos de acerada coraza y sus frentes con el yelmo protector, coronado de gloriosos penachos.

Para la castellana de Bourbilly hay, pues, dos estaciones durante el año claramente señaladas, con obligaciones y actividades muy distintas. En invierno y otoño, período de paralización de las hostilidades, Juana Francisca se dedica con alma y vida a la atención de su esposo y satisfacción de sus gustos y aficiones.

Como buen militar, es inclinado el Barón a las fiestas y alegrías, tanto más deseadas cuanto que son un desquite de las privaciones y tristezas a que lo someten el resto del año las contingencias de la guerra. Suntuosas recepciones, partidas de caza, juegos y festines succulentos se suceden durante el invierno y otoño en Bourbilly, siendo la hermosa castellana el mejor adorno y surtidor de alegría en esas reuniones. Magníficamente ataviada, sabe animar las conversaciones con su ingenio chispeante, interesar a los hombres con su gracia y belleza, animar a los tímidos con su espontánea sencillez, y a todos encantar con su simpatía y femenino señorío.

Cuando los campos se cubren de flores y retoños, la Baronesa se despoja de sus joyas y atavíos. Su esposo ha salido para la guerra, y ella, en una especie de luto por la ausencia de su amado, se encierra dentro del castillo, sin más pensamiento que el recuerdo de su marido y el cuidado de sus hijos.

Así transcurrieron algunos años...

Pero llegó un día fatal para la felicidad de ese hogar.

En compañía de un amigo, y rodeados de ansiosos lebreles, salen del castillo en busca de codiciada caza. El sonar de las trompetas, piafar de corceles, ladridos de perros y gritos de halcones orquestan la marcha hacia los bosques cercanos, asilo de toda clase de alimañas.

Hay luz en el ambiente, alegría de vivir en los corazones. Nada presagia la nota de trágico dolor que ensombrecerá esa partida tan alegremente iniciada.

Una pieza de caza se avista a corta distancia, y toman al punto los cazadores sus posiciones para abatirla. ¿Qué sucedió? Una bala toca al Barón de Chantal, que rueda de su cabalgadura herido de muerte.

La entereza cristiana del malogrado caballero le permite reunir sus últimas fuerzas para pedir un sacerdote e invocar piedad sobre el amigo que casualmente lo ha herido.

Trasladado a una vivienda cercana, y avisada la Baronesa de la desgracia, se verifica pronto la escena desgarradora: Ella, junto al esposo tiernamente amado.

—Señora, dice penosamente el Barón, las órdenes del Cielo son justas; es preciso respetarlas, amarlas y morir.

—Es necesario vivir, replica ella...

Días después lloraba su viudez Juana Francisca de Chantal.

A partir de tal momento, no existen para esa mujer adolorida sino Dios en el cielo y sus hijos en la tierra. Recluída durante algunos años en el castillo de Bourbilly, testigo de su felicidad, se va más tarde a vivir a Monthelon en casa de su suegro, hombre terrible de carácter, de fama detestable, y dominado todavía por una pérfida mujer de confianza, a cuya tiranía deben someterse incondicionalmente cuantos llegan a aquel hogar.

¿Será preciso describir los sufrimientos y humillaciones de la altiva viuda en su nueva residencia?

En el ánimo de su suegro sólo influyen las razones, sentimientos e intereses de la intrusa, que ha logrado privarlo de toda voluntad. La suerte de su nuera y de sus cuatro nietos reviste un carácter secundario y sin importancia en el castillo del viejo Barón de Chantal.

¿Por qué en tan humillante situación permaneció Juana Francisca durante varios años, cuando tenía en sus manos irse

a Bourbilly o a casa de su padre, el Presidente del Parlamento de Borgoña?

Sólo un deseo muy ardiente de perfección y vencimiento de los propios gustos y el amor de sus hijos pudieron decidir a la joven viuda a llevar esa vida de martirio en casa de su suegro (1). Posiblemente en su afán de ofrecer a Dios el más preciado holocausto, aceptó vivir en condiciones tan repugnantes a su señorío y altivez de carácter.

El anuncio de la predicación de Francisco en Dijón movió al señor de Fremiot a escribir a su hija residente en Monthelon, a fin de que viniese a la Capital borgoñona, para escuchar al famoso predicador. Juana Francisca conducida por la Providencia, abandona momentáneamente su voluntario infierno, para acudir a la invitación de su padre y conocer al hombre predestinado, que haría vibrar en su alma adolorida y llena de inquietudes una nota de inefable amor e inalterable paz.

¿Por qué se cautivaron aquel día el gracioso predicador y la viuda atribulada?

¿Qué secreta afinidad arrojó en el más tierno y casto de los abrazos a esas dos almas privilegiadas? ¿Por qué se enamoraron, en el más puro alcance de tal concepto, el Obispo de Ginebra y la Baronesa de Chantal?

Desde la muerte de su esposo, Juana Francisca busca la paz en el seno de la Religión. Desvinculada totalmente del mundo, ansía la satisfacción de su alma en la práctica de las virtudes cristianas, tratando de reemplazar en su corazón los afectos terrenales por los sentimientos más puros del amor divino. No cree posible otro consuelo a sus dolores que los otorgados por Dios a quienes saben entregarse a El sin reserva.

Para facilitar la realización de sus propósitos, busca Juana

(1) Aquel anciano caprichoso e inhumano había exigido de su nuera la residencia junto a él, so pena de desheredar a sus hijos.

Francisca a un Consejero experimentado, director de su alma, que allane las dificultades, la reconforte en sus desfallecimientos y disipe las incertidumbres anexas a la senda escabrosa de la perfección.

Desgraciadamente, la elección de director para esa conciencia torturada, lejos de procurar la paz y el gozo espiritual, contribuye más y más a perturbarla. Es cierto que el sacerdote guía de Juana Francisca la hace progresar en el camino del bien, pero al precio de cuántas zozobras y dolores! Atribulada ya por la desgracia, en los consejos e imposiciones de ese sacerdote imprudente y tirano, encuentra la Baronesa nuevos motivos de ansiedades y sufrimientos espirituales. Y como si fuera poco aún, el director de esa alma doliente se propone eternizarse el monopolio de su víctima, obligando a Juana Francisca a hacer el voto de no cambiar durante toda la vida de director espiritual. ¡Santo respeto a la libertad evangélica!

Desesperada y totalmente ajena a las alegrías de la tierra, aún las más legítimas, y con inquietudes constantes sobre las esperanzas celestiales, el alma de esa mujer admirable se purifica dolorosamente sin compensaciones de ninguna especie,

¿Cuál no sería, pues, su sorpresa y consuelo, al vislumbrar en el orador de la Cuaresma de Dijón al posible salvador de su alma?

El Obispo y la viuda, al ser presentados recíprocamente por el Arzobispo de Bourges, tuvieron la ilusión de haberse conocido con alguna anterioridad.

¿Dónde se habían visto por la vez primera?

Pensó Francisco haber contemplado esa figura en una visión celestial que le anunciaba el nacimiento de la Orden religiosa de la visitación. Creyó, a su vez, la viuda haber divisado años antes a Francisco en la encrucijada de un camino.

¡Eternos espejismos de las almas enamoradas!

Se habían conocido en esas fantasías que forjan las almas

soñadoras; se descubrían mutuamente como el tipo de belleza física y espiritual acariciado en sus momentos de pasión, y se encontraban al fin en la realidad del tiempo y del espacio.

Francisco, naturalmente gracioso, dulce y elegante, casi podría escribirse, femenino, ha soñado con una mujer atormentada, altiva, hasta cierto punto varonil. Juana Francisca a su vez, de carácter concentrado, difícil a las confidencias, arisca en la manifestación de sus sentimientos, cifra su ideal de belleza en un hombre sencillo, de natural distinción y de suavidad exquisita.

—¿Pensáis contraer nuevas nupcias, señora Baronesa?— pregunta Francisco con encantadora sencillez a su amiga, al descubrir en sus atavíos ciertas elegancias y coqueterías no acostumbradas.

—Señor Obispo, se ama una sola vez en la vida, replicó sonrojándose la encantadora viuda.

—Habrá, entonces, que retirar los anzuelos, insistió el Obispo, refiriéndose a ciertos adornos de su negra indumentaria.

Y al día siguiente desaparecían las «lindezas» del traje de la viuda.

La broma es la expresión frecuente de ciertos espíritus para manifestar y ocultar al mismo tiempo las simpatías que experimentan. Por otra parte, las mujeres, sobre todo las altivas e inteligentes, suelen dar de sí la mayor suma de encantos cuando se juega con ellas por medio de la frase delicadamente picaresca. Para saber hasta dónde llega la simpatía que puede irradiar una mujer, nada más eficaz que someterla a la broma ligera y sin intenciones.

Francisco y Juana Francisca se buscan constantemente y sin disimulo de ninguna especie.

Los trabajos de la Cuaresma, predicaciones, confesiones y absolución de innumerables consultas ocupan materialmente

todo el tiempo del Obispo; pero aprovecha las horas de comidas para frecuentar dos casas en donde podrá conversar con la Baronesa. Por tal motivo, el señor de Fremiot y el Arzobispo de Bourges tendrán diariamente el honor de verlo sentado a su mesa, departiendo con su hija o hermana.

«Me gustan, dice, sin ambages Francisco, las almas independientes, vigorosas y sin afeminamientos» (1).

Y en respuesta a tal confesión del Obispo, escribía la Baronesa años más tarde: «Yo no podía apartar de él los ojos: tanto me movían a la admiración sus palabras y santas acciones, y ninguna dicha juzgaba comparable a la de estar junto a él» (2).

En casa del Arzobispo o del padre de Juana Francisca se hacen presentes en ciertos instantes los hijos de la Baronesa, ante quienes no sabe ocultar el Obispo su indecible ternura. Los cuatro niños gustan mirar y escuchar al huésped, resistiendo a su tío o abuelo cuando quieren hacerlos abandonar la sala donde los embelesa tan simpático señor.

Un episodio de esas reuniones, cuyo significado no escapará a quien algo comprenda en materia de afectos y sus diversas manifestaciones, es contado ingenuamente más tarde por el propio Francisco en carta a la Baronesa.

La hija mayor de Juana Francisca, María Amada, niña de seis años de edad, que más tarde había de casarse con un hermano de Francisco, fué objeto de una prueba especial de cariño de parte de ese Obispo gentil hombre. «Estoy obligado a amarla con mayor ternura, escribe más tarde, porque una vez que Vos estábais ausente de la casa, ella me hizo muchas atenciones y me permitió besarla con un beso de inocencia» (3).

Un beso dado a una niña de seis años de edad, que se recuer-

(1) Vida de Santa Juana de Chantal. París, 1874. T. III, pág. 494.

(2) Memoires sur sa vie et ses vertus. París, 1893, pág. 63.

(3) 24 de enero de 1608.

da aún a cuatro años de distancia, significa algo más que una vulgar caricia de un hombre formado a una criatura inocente.

Motivo de angustia, y muy grande, para Juana Francisca es no poder abrir su alma en confesión ante su venerado amigo. El voto a que la ha sometido su director espiritual se lo impide. «Moría de ganas», escribirá más tarde, de caer a sus pies y manifestarle las interioridades de mi alma.

La Cuaresma toca a su término, y el Obispo de Ginebra debe volver al seno de su redil. ¿Será posible que se aleje sin escucharla en confesión?

En ausencia momentánea de su director espiritual, se resuelve la Baronesa a confiar muchas intimidades a Francisco, y aun le pide que la escuche en el confesonario.

El Obispo «se hizo de rogar un poco» (1). Posiblemente se alarmó ante el entusiasmo de esa mujer, y sin duda quería mantener su ministerio sacerdotal al abrigo de cualquier sentimiento terreno.

Una cosa, y muy atrayente sin duda, era alternar con esa dama inteligente, de porte magnífico y ceñida su frente con la diadema real de la desgracia altivamente sobrellevada. Compartir la tragedia de esa alma; contemplar esos labios, comprimidos por el sufrimiento, abrirse como el fruto de la granada en sazón y develar su misterio íntimo, rojo de fuego y de sangre, de amor y de dolor, de pasiones contenidas, de impulsos no confesados, era un momento de placer intensamente humano, que muy pocas veces se presenta en el curso de la vida. Pero... escucharla en confesión, en el tribunal misterioso, donde desaparece ese respeto humano que tantas veces contiene a flor de labios la palabra decisiva, preludio del vértigo irreparable; oírla, sin que la mirada, ese guardián del pudor, modere la emoción de un alma enternecida; oírla, a ojos cerrados y con las ma-

(1) *Memoires sur sa vie*, t. 4 Paris, 1893, pág. 53.

nos juntas, era intensamente conmovedor para el joven Obispo de Ginebra.

Un hombre apasionado, de rodillas ante una mujer, logra muchas veces echar por tierra los más jurados propósitos. Una mujer hermosa y desgraciada, de rodillas ante un hombre, cualquiera que sea su función o santidad, despierta a su vez emociones de peligrosa ternura.

¿Y si la rendida viuda pronunciara en el secreto de la confesión la frase desconcertante, expresión de un afecto incontenible?

Francisco escuchó a la Baronesa en la intimidad del sacramento de la Penitencia.

Más tarde el Obispo de Ginebra confesaba con la ruda franqueza de quien está seguro de la limpidez de sus intenciones que al escuchar a la Baronesa sentía que «su alma se alojaba íntimamente en la suya» (1).

Pero, a todo esto, es preciso separarse, y solucionar todavía el grave problema del voto de Juana Francisca, de permanecer por toda la vida bajo la dirección espiritual de un sacerdote que no es el Obispo de Ginebra.

—«Los dos nos entenderemos bien», aseguró Francisco a la viuda, mientras le recomendaba permanecer fiel a su primer director espiritual (2). Deja el Obispo, al tiempo, la misión de romper ese vínculo contrario a la libertad de una conciencia y a los intereses de un alma.

El día antes de abandonar la ciudad, Francisco pasó a despedirse de su amiga, y con viril sinceridad le hizo esta significativa declaración:

—«Señora, Dios me impele a hablaros en confianza. Jamás «una distracción había asaltado mi espíritu durante la celebra-

(1) Saint Jeanne-Francoise Fremiot de Chantal.

(2) *Memoires sur sa vie et ses vertus*, 1893, pág. 53.

« ción del Santo Sacrificio. Desde hace algún tiempo, Vos acudís
« siempre en esos instantes, no para distraerme, sino para unirme
« más a Dios. Ignoro lo que El quiere darme a entender con
« esto » (1).

La Baronesa y sus cuatro hijos allí presentes cayeron de rodillas ante el Obispo, implorando su bendición, y la mano trémula de Francisco se alzó más pálida y perfilada que nunca para hacer la señal de la cruz en esos momentos desgarradores.

En medio de gran algazara y muestras de respeto y gratitud, parte al día siguiente, lunes de Cuasimodo, el Obispo de Ginebra con rumbo a su diócesis.

A las insistencias del Municipio de Dijón para obtener que aceptase una rica vajilla de plata dorada y un anillo con piedra preciosa, como recuerdos de la predicación de esa Cuaresma, el Obispo replicó que « él no vendía la palabra de Dios y no quería « llevarse más que sus corazones » (2).

Y en verdad ¿qué podía interesarle a ese hombre el obsequio de los Dijoneses, cuando entre pecho y espalda llevaba por la vez primera el afecto de una mujer?

En Dijón había experimentado Francisco esa transformación maravillosa que hace saborear al hombre en su plenitud el verdadero sentido de la vida.

Meses atrás penetraba a la ciudad un angel humano. Quien ahora cruza los muros de Dijón con rumbo a Annecy es un hombre angelical.

Era la Primavera de 1604.

(1) *Memoires* 4, 54.

(2) *Histoire de Sainte Chantal*, par Bougand, 1, 210.